

de esta ley impresa en el alma, y de consiguiente ligados á su observancia.

—Según eso, papá, ¿aunque Dios no hubiera dado á Moisés los diez preceptos en el monte Sinaí, todos sabríamos cuáles eran y que los debíamos cumplir?—Sí, hija mía. —Entonces ¿todos los que precedieron á Moisés nacieron con este conocimiento y obligación?—No tiene duda, y de consiguiente todos los que no gozaron en el seno de Abraham del fruto de la redención del género humano, fueron infractores de estos preceptos con cierto conocimiento de ellos. —Pues la verdad, papá, hablemos de otra cosa, porque esas son muchas honduras para mí, y no soy capaz de comprender cómo podrá un hombre saber lo que no le han enseñado.

—No hay cosa más fácil. Atiende: todas las naciones del mundo, sin exceptuar las bárbaras ó salvajes, de unánime consentimiento en todos los siglos, han convenido en que haya un solo Dios, esto es, un Ser Supremo, Autor de la naturaleza, y de quien dimana todo el bien á las criaturas. Sin ninguna revelación conoce el hombre, por bárbaro que sea, que no se hizo á sí mismo, y que no tiene virtud ó poder para hacer producir ninguna cosa de la nada; conoce también que es superior con mucho á los astros, á los brutos, á las plantas y á todas las criaturas que le rodean, y de aquí deduce, aunque no quiera, la existencia de un Ser soberano, independiente y

autor de cuanto mira; porque... así se explica el más rústico en su interior cuando se detiene á contemplar estas verdades. —Si yo, que soy la criatura más perfecta en la naturaleza, según que me lo manifiesta la superioridad que tengo sobre sus demás seres, ni pude hacerme á mí mismo, ni puedo criar un gusanillo, ni un átomo de arena, menos hará otro tanto el caballo ni el monte, el pájaro ni el río, ni ninguna otra cosa de cuantas me son inferiores en inteligencia y en poder. Luego algún ser hay superior á mí y á todo cuanto existe, pues fué bastante á hacernos existir. Este Criador es un Autor benéfico, pues él me dió los ojos con que miro la hermosura del campo y de los cielos; el paladar con que gusto la dulzura de las frutas; el olfato con que percibo el aroma de las flores; el oído con que escucho la melodía de los pájaros, y una particular inteligencia con que me proporciono las comodidades de la vida y me resguardo de las intemperies y peligros con más acierto y ventajas que las aves, los brutos y los peces. Este Ser soberano es acreedor, no sólo á mis respetos y gratitud, sino también á mi temor, pues siendo tan poderoso y tan absoluto, me podrá deshacer con la facilidad que me hizo, si yo le disgustare alguna vez.

He aquí, hija mía, el modo con que han pensado todos los hombres acerca de la Deidad suprema; por este convencimiento en todas partes han tributado cultos y

homenaje al Autor de la naturaleza. Es verdad que han errado en el modo de tributarlos, pero no en el fin. La ignorancia y la soberbia los han precipitado en mil abismos de delirios. El hombre, incapaz de conocerse á sí, ha pretendido conocer á su Criador; por eso unos lo han adorado en el sol, otros en el fuego, éstos en un buey, aquéllos en un cocodrilo, y finalmente, lo han querido hallar entre los materiales objetos que les presentaba la naturaleza. De aquí nació la turba de gentiles idólatras que siempre anduvo á tientas buscando la deidad inaccesible; pero siempre reconociendo este Autor soberano, Dios de dioses y objeto único de sus cultos y adoraciones.

Apenas hubo hombres cuando hubo religión. Esta fué desarrollándose á proporción que se aumentó la población del mundo. Al necesario conocimiento de Dios siguió el culto exterior; se instituyeron sacrificios y ministros que los ofrecieran con el pueblo; se erigieron aras y templos; se intentaron fiestas y solemnidades; se reconocieron los templos como lugares propios para orar y como asilos para refugiarse en ellos de las persecuciones inminentes; se inventaron rogativas para aplacar el celestial enojo; se compusieron himnos y cánticos para alabar á Dios en todos tiempos; se admitió el juramento como sagrado y como el sello de la verdad; de consiguiente se castigó el perjurio como sacrílego; se dedicaron días particulares para el culto, y en todas partes fué

adorado, aunque entre tinieblas, el augusto nombre del Señor, y reconocido su poder.

Hasta aquí ya ves cómo todas las naciones han convenido en que hay un Dios solo y único autor de cuanto existe; en que este Dios es poderoso, benéfico y temible; en que por lo mismo es acreedor á que le amemos sobre todo, á que no profanemos su nombre santo y á que le consagremos nuestros cultos y adoraciones. ¿Y quién les ha enseñado á los hombres estas sublimes verdades? Dios mismo, dice el Real Profeta: «Tú, Señor, has impreso en nuestros corazones la luz de tu divinidad.»

Estos son los tres preceptos que pertenecen al honor de Dios. Los otros siete que pertenecen al provecho del prójimo también se los enseñó la naturaleza dirigida por Dios, bajo de esta sencillísima idea; no hagas á tus semejantes el mal que no quisieres recibir de ellos.

Según este principio de derecho natural, y sin más luz, conocieron los hombres que no les era lícito dañar á nadie, ni en la honra, ni en la hacienda, ni en la vida. Por tanto, luego que se reunieron en sociedades, formaron sus códigos y señalaron penas contra los injustos agresores, no dejando en parte alguna sin castigo el robo, el adulterio, el homicidio y los demás crímenes que se cometían con notable perjuicio de los hombres. Estos, guiados por la naturaleza dirigida por su Autor, no sólo conocieron que no debían perjudicarse, sino tam-

bién socorrerse mutuamente en sus desgracias; pues así como cada uno se reconocía con cierto derecho para reclamar los auxilios de sus semejantes en caso de necesidad, así también conocía en sí cierta obligación de ayudar á sus iguales en el mismo caso; y de aquí tuvieron origen las leyes justas, los establecimientos piadosos, y los hechos benéficos y heroicos que admiramos aún entre las tinieblas del gentilismo.

En vista de estos acontecimientos naturales, ¿qué novedad nos puede causar un Arístides, un Marco Aurelio, un Sócrates, un Tito y otros mil hombres de bien, esto es, hombres de conducta arreglada y corazón benéfico, que entre los errores del paganismo se distinguieron del común de sus coetáneos, derramando sus luces y prodigando beneficios á sus semejantes? Tales fueron muchos de estos grandes hombres, que los pueblos, reconocidos á sus bondades, se tomaron la libertad de divinizarlos después de su muerte, creyendo que no llenaba de otro modo las sagradas leyes de la gratitud, y persuadidos á que un hombre bienhechor ó era de Dios ó desmerecía de serlo. ¡Tanto es el amor y respeto que se granjea la beneficencia cuando recae sobre un corazón agradecido!

Pero lo que hace á nuestro intento, es que estos hombres amados de los pueblos no lo fueron por otra cosa sino porque respetaron á sus dioses, obraron con

arreglo á la justicia, y lejos de ofender á sus semejantes, los llenaron de beneficios. Esto es en nuestra religión amar á Dios sobre todo y al prójimo como á nosotros mismos, y esto también es, en cierto modo, guardar los preceptos del Decálogo sin noticia quizá de los Profetas ni Escrituras,<sup>1</sup> pues antes que Dios en el Sinaí grabara sus preceptos en unas piedras para dárselos á Moisés, ya los había impreso naturalmente en los corazones de los hombres, según te lo he manifestado, y de esto debes necesariamente deducir que si hubo entre los paganos algunos hombres de honor, sólo fueron los que tributaron el debido culto á la deidad; los que jamás dañaron á sus semejantes; los que beneficiaron á los desgraciados; y en dos palabras, los que amaron á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á sí mismo. De otro modo no serían ni podrían ser hombres de bien, sino unos fantasmas de bondad.

Lo que decimos de los antiguos gentiles hemos de asegurar de los modernos protestantes. Hay entre ellos y ha habido muchos naturalmente virtuosos, y cuyos escritos nos manifiestan que poseyeron unas conciencias timoratas y unos corazones llenos de beneficencia.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Aunque los fenicios, griegos y romanos forjaron sus fábulas sobre los libros de Moisés, muchos existieron antes que él, otros después, y ni noticia tuvieron de sus escritos.

<sup>2</sup> Las obras de los célebres ingleses Young y Hervey nos ahorran de amontonar nombres de protestantes en cuyos escritos brilla, como en los dos primeros, la moral más sana y arreglada al Evangelio de Jesucristo.